EL DESCAMPADO

PEDRO HUGO GARCÍA PELÁEZ

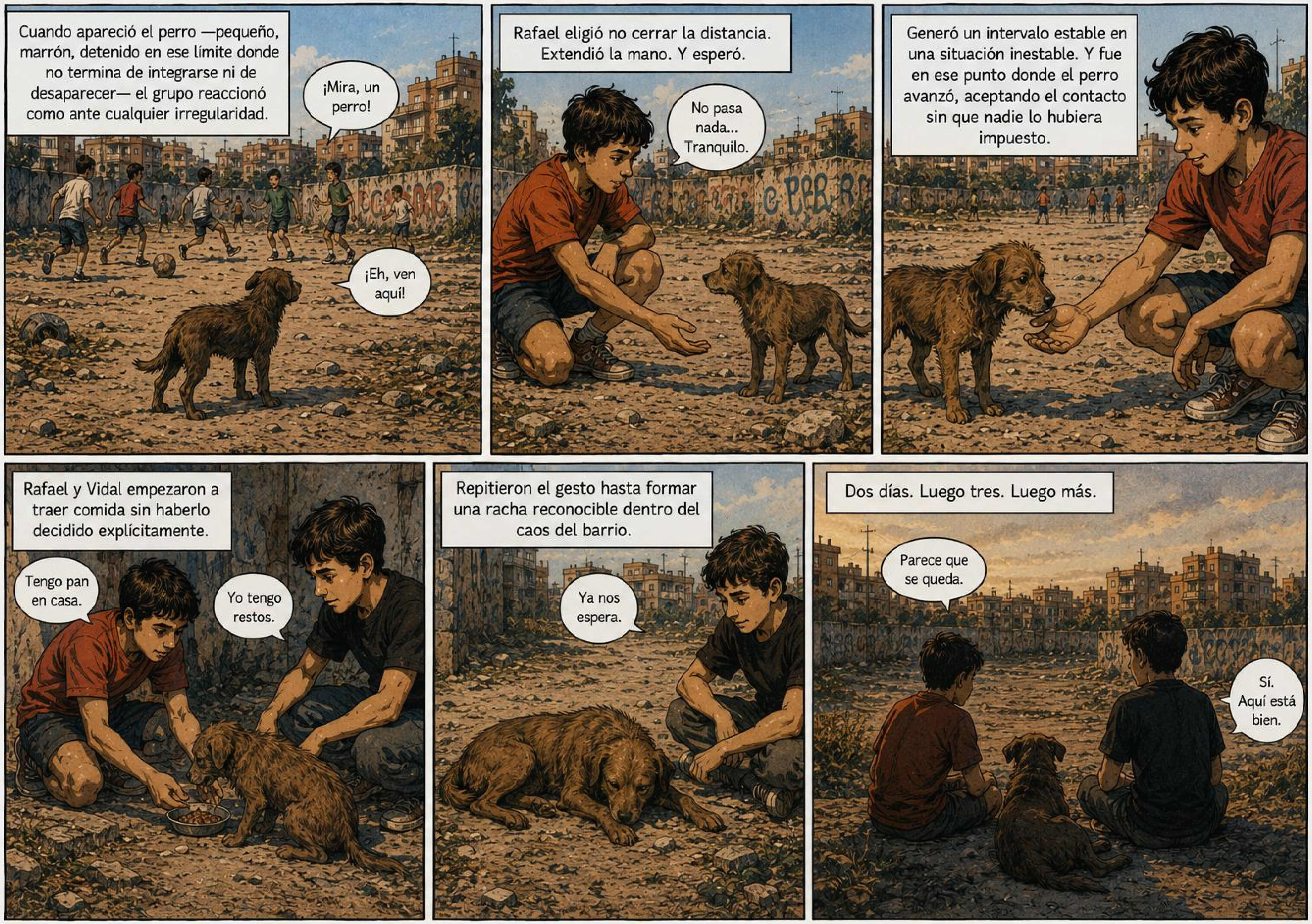
El Descampado

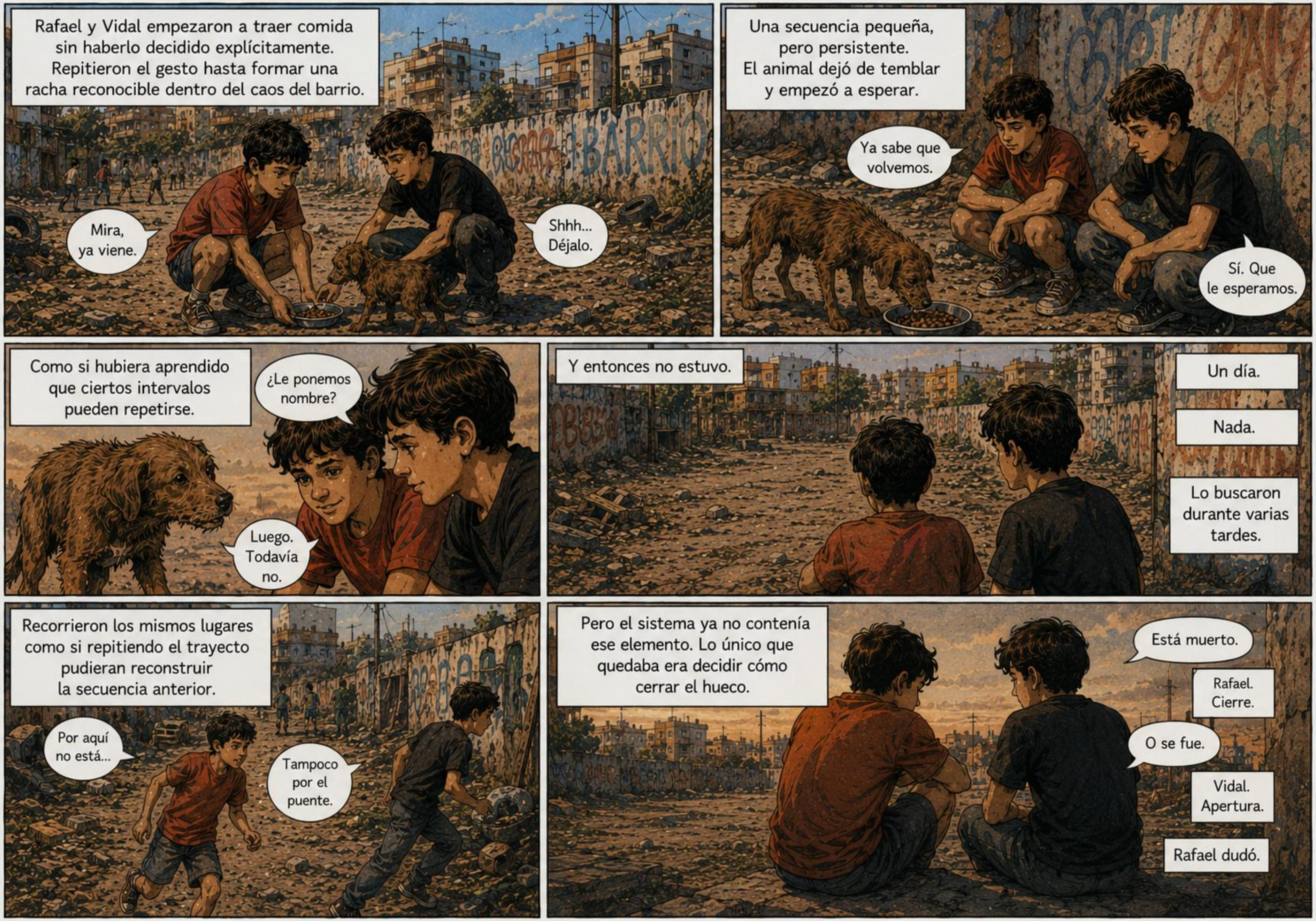
Pedro Hugo García Peláez

© Pedro Hugo García Peláez, 2026

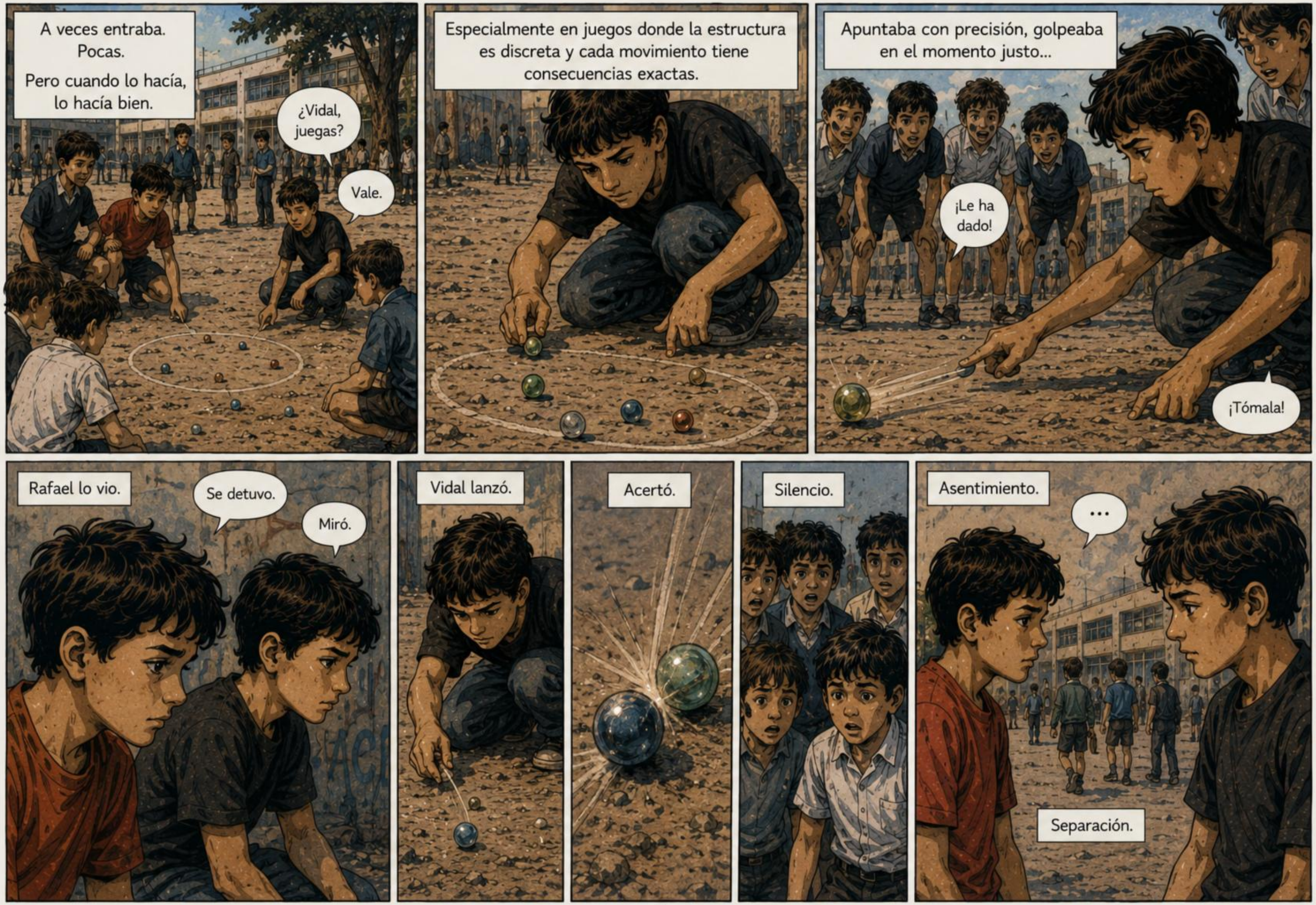
Cuando eran niños, el mundo parecía encenderse y apagarse por tramos.
¡Pásala, Rafa!
¡Corre, que te alcanzo!
Rafael convertía cualquier momento en una racha interminable de movimiento.
¿Ahora qué hacemos?
¡Vamos al terraplén!
¡Sí!
Vidal aparecía justo donde las cosas podían romperse... o mantenerse unidas.
¿Vienes o no?
Ahora voy.
Coincidían. Sin buscarse.
¿Qué haces ahí parado?
Mirar.
Pues venga.
Siempre llegas tarde.
Y tú siempre llegas primero.
Porque si no, se acaba el juego.
Aún no eran amigos. Aún no eran rivales. Solo dos trayectorias destinadas a encontrarse.
Mañana estaremos aquí otra vez.
Claro.
¿Dónde si no?

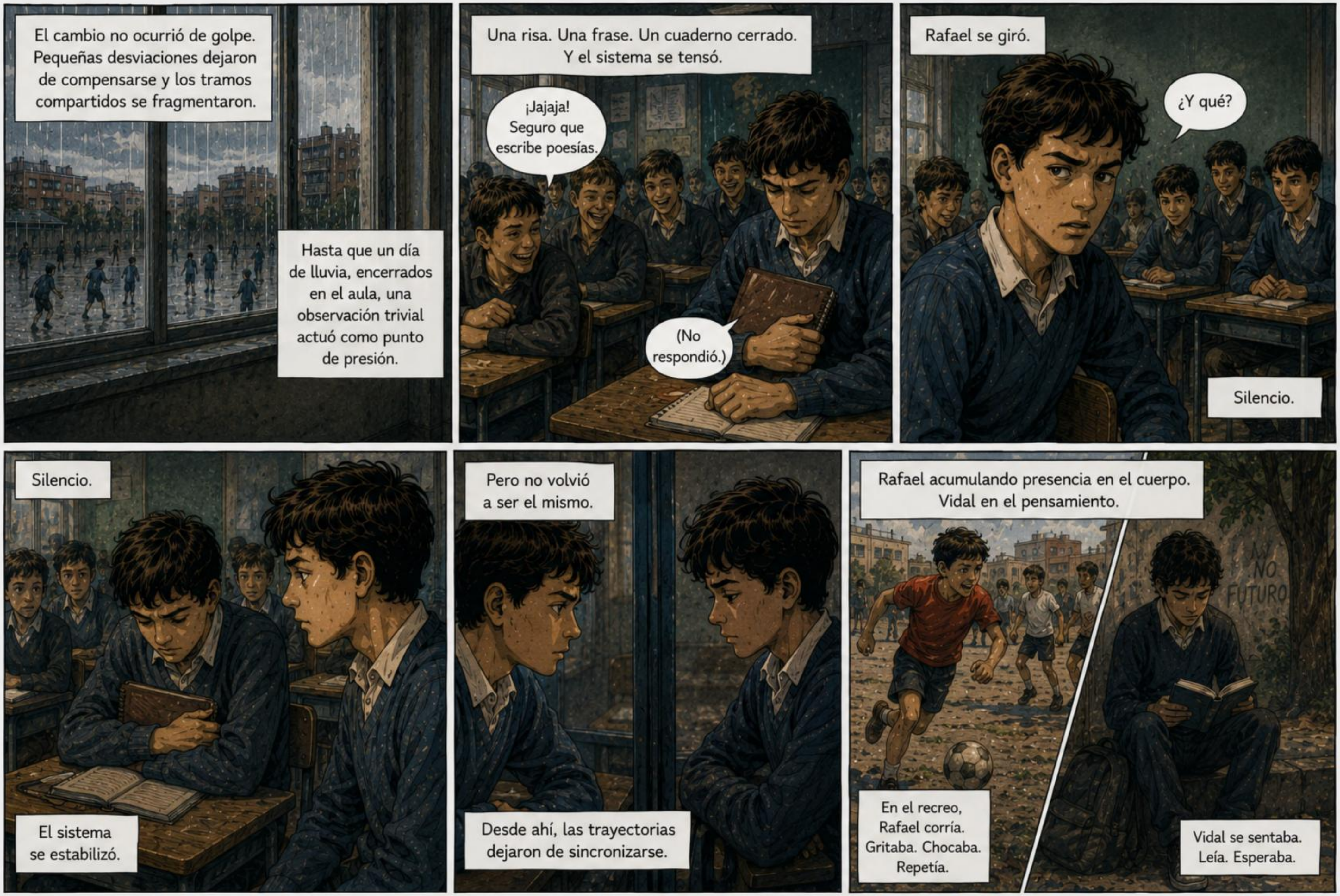
El descampado funcionaba como un sistema abierto donde los niños se agrupaban en secuencias irregulares...
¡Rafa, que empiece el partido!
¡Ya voy!
...y Rafael generaba continuidad al arrastrar a los demás dentro de su propia inercia...
Miran cómo va Rafa y se suman solos.
...mientras Vidal intervenía de forma puntual, entrando cuando el sistema lo permitía...
Ahora jugamos a las canicas.
¿Quién pone?
Yo.
...y saliendo cuando dejaba de tener sentido, sin alterar nunca la forma general...
Un tiro. Nada más.
Se prestaban cosas. Sin memoria.
Toma, devuélvemela luego.
Vale.
El silencio no era un problema. Era solo un punto. Aislado.
Qué bien se está aquí.
Sí.


Cuando apareció el perro —pequeño, marrón, detenido en ese límite donde no termina de integrarse ni de desaparecer— el grupo reaccionó como ante cualquier irregularidad.
¡Mira, un perro!
¡Eh, ven aquí!
Rafael eligió no cerrar la distancia. Extendió la mano. Y esperó.
No pasa nada... Tranquilo.
Generó un intervalo estable en una situación inestable. Y fue en ese punto donde el perro avanzó, aceptando el contacto sin que nadie lo hubiera impuesto.
Rafael y Vidal empezaron a traer comida sin haberlo decidido explícitamente.
Tengo pan en casa.
Yo tengo restos.
Repitieron el gesto hasta formar una racha reconocible dentro del caos del barrio.
Ya nos espera.
Dos días. Luego tres. Luego más.
Parece que se queda.
Sí. Aquí está bien.


Rafael y Vidal empezaron a traer comida sin haberlo decidido explícitamente. Repitieron el gesto hasta formar una racha reconocible dentro del caos del barrio.
Mira, ya viene.
Shhh... Déjalo.
BARRIO
Una secuencia pequeña, pero persistente. El animal dejó de temblar y empezó a esperar.
Ya sabe que volvemos.
Sí. Que le esperamos.
Como si hubiera aprendido que ciertos intervalos pueden repetirse.
¿Le ponemos nombre?
Luego. Todavía no.
Y entonces no estuvo.
Un día.
Nada.
Lo buscaron durante varias tardes.
Recorrieron los mismos lugares como si repitiendo el trayecto pudieran reconstruir la secuencia anterior.
Por aquí no está...
Tampoco por el puente.
Pero el sistema ya no contenía ese elemento. Lo único que quedaba era decidir cómo cerrar el hueco.
Está muerto.
Rafael. Cierre.
O se fue.
Vidal. Apertura.
Rafael dudó.

—Está muerto.
Rafael.
Cierre.
—O se fue.
Vidal.
Apertura.
¿Y tú qué crees?
Rafael dudó.
No lo sé. Puede que esté muerto.
Un segundo.
Asintió.
No porque lo creyera.
Porque bastaba.
Entonces... se fue. Vale.
El colegio introdujo otra lógica, más rígida, donde los intervalos estaban definidos de antemano y ya no dependían del juego espontáneo.
Rafael se adaptaba bien a las secuencias simples: acción, resultado.
Hago el ejercicio, sale bien.
No hace falta pensar tanto para saberlo.
Vidal se adelantaba al desarrollo de cada proceso, resolviendo antes de que el sistema terminara de desplegarse.
Ya tengo la solución. Vamos al siguiente.
Lo que generaba una ligera desalineación que nadie señalaba abiertamente, pero que empezaba a acumularse.
Eh, Vidal, ¿cómo lo has hecho tan rápido?
En el recreo, la separación era más clara.
¡Pasa! ¡Más rápido! ¡Vamos!
Rafael corría.
Gritaba.
Chocaba.
Repetía.
Vidal se sentaba.
Leía.
Esperaba.
Dos formas diferentes de estar en el mismo sistema.
Y la distancia empezaba a crecer sin que ninguno supiera cómo detenerla.


A veces entraba.
Pocas.
Pero cuando lo hacía, lo hacía bien.
¿Vidal, juegas?
Vale.
Especialmente en juegos donde la estructura es discreta y cada movimiento tiene consecuencias exactas.
Apuntaba con precisión, golpeaba en el momento justo...
¡Le ha dado!
¡Tómala!
Rafael lo vio.
Se detuvo.
Miró.
Vidal lanzó.
Acertó.
Silencio.
Asentimiento.
...
Separación.


El cambio no ocurrió de golpe. Pequeñas desviaciones dejaron de compensarse y los tramos compartidos se fragmentaron.
Hasta que un día de lluvia, encerrados en el aula, una observación trivial actuó como punto de presión.
Una risa. Una frase. Un cuaderno cerrado. Y el sistema se tensó.
¡Jajaja! Seguro que escribe poesías.
(No respondió.)
Rafael se giró.
¿Y qué?
Silencio.
Silencio.
El sistema se estabilizó.
Pero no volvió a ser el mismo.
Desde ahí, las trayectorias dejaron de sincronizarse.
Rafael acumulando presencia en el cuerpo. Vidal en el pensamiento.
NO FUTURO
En el recreo, Rafael corría. Gritaba. Chocaba. Repetía.
Vidal se sentaba. Leía. Esperaba.

Quedó un último intervalo: un verano sin medida.
Agosto. Calor. Agua. Un libro. Un bordillo. Dos cuerpos. Ninguna explicación.
Ese fue el último tramo largo. Después, los huecos crecieron.
Mañana ya veremos.
Sí.
A partir de ahí las trayectorias dejaron de sincronizarse.
Rafael acumulando presencia en el cuerpo. Vidal en el pensamiento.
Generando dos secuencias cada vez más independientes.
Que solo coincidían en puntos cada vez más escasos.
Aunque todavía quedó un último verano sin necesidad de converger.
Sin ruido. Sin aviso.
Vivos. Enteros.
Y el mundo siguió encendiéndose y apagándose sin ellos.

Los curas del colegio, situado lejos del barrio, miraban a Rafael sin preocupación. Un chico más. Manejable. Previsible.
Rafael, siempre ahí. Fuerte. No da problemas.
A veces se quedaba quieto en medio del patio, señalándose el pantalón con orgullo.
¡Este es mi tercer músculo!
¡Jajaja!
A Vidal lo observaban con incomodidad. No hacía nada concreto, pero no encajaba en ningún sitio claro.
Listo, sí. Pero... ¿en qué está?
En los pasillos se repetía la escena.
Rafael avanzaba con seguridad.
Vidal, unos pasos más atrás.
Rafael funcionaba.
Sí, padre. Lo tengo hecho.
Respondía. Encajaba. Cerraba.
Vidal no encajaba.
Observaba. Ajustaba. No estaba en el punto exacto.
Y aun así, Rafael no lo entendía.
¿Cómo puede alguien parecer completo sin haber decidido nada?
¿Cómo se mueve sin saber qué lo mueve?

Los profesores confundían el silencio de Vidal con sumisión, y cuando hablaba lo hacía fuera de tiempo, rompiendo el ritmo de la clase sin levantar la voz, dejando frases que no cerraban del todo, como si abrieran algo que nadie había pedido abrir.
Quizá lo que dijo Descartes no era duda, sino otra forma de obediencia...
Rafael, en cambio, cerraba.
Siempre.
En el barrio no había espacio para eso.
Allí el tiempo era corto.
Directo.
Se premiaba el golpe rápido,
la respuesta inmediata,
el cuerpo que se imponía antes de que el otro terminara de pensar,
y todo lo que se desviaba de ese ritmo quedaba marcado como sospechoso,
como si pensar demasiado fuera una forma de traición.
Rafael lo sabía.
Aunque no lo pensara así.
Se dejó crecer el pelo, una media melena que movía al andar,
como si necesitara introducir algo distinto en un cuerpo que ya empezaba a endurecerse demasiado pronto, aunque ni siquiera él sabía si aquello era decisión suya o una sugerencia que había aceptado sin darse cuenta.

Este fue uno de esos momentos que no se olvidan, aunque nadie más que ellos lo recuerde.
Las palabras duelen más que los golpes.
Y las heridas que no se ven tardan más en cerrar.

Un descuido.
—Me la han robado.
Corte.
Ahí entendió algo.
Tarde.
Demasiado tarde.
No era solo la moto.
Era él.
Expuesto.
Frágil.
Ridículo.
Vidal seguía ahí.
Sin estar.
Y mientras tanto,
el mundo cambiaba.
Las fiestas ya no eran lo mismo.
La gente estaba confusa, él estaba confuso,
pero lucía en aquellas fiestas que no eran tan multitudinarias,
donde ya no era todo como parecía,
con los ojos vidriosos de las chicas que querían parecerse a ella.
BAÑOS
Y así completó el círculo de su juventud,
pero no con Rafael, sino en los baños,
donde ya nadie hablaba de arte ni de punk,
sino de alquileres, de padres enfermos,
de trabajos de mierda.
Menos gente.
Menos ganas.
Más ruido vacío.
Las conversaciones
se acortaban.
Los silencios crecían.
Hasta que Vidal desapareció.
Sin transición.
Un día estaba.
Al siguiente, no.
Al mismo tiempo, Rafael atravesaba
un proceso inverso, una transformación
que no se manifestaba en gestos visibles
al principio, sino en una acumulación
de desazón.
Primero fue el hastío.

La gente estaba confusa, él estaba confuso, pero lucía en aquellas fiestas que no eran tan multitudinarias, donde ya no era todo como parecía, con los ojos vidriosos de las chicas que querían parecerse a ella.
Y así completó el círculo de su juventud, pero no con Rafael, sino en los baños, donde ya nadie hablaba de arte ni de punk, sino de alquileres, de padres enfermos, de trabajos de mierda.
Las conversaciones se acortaban. Los silencios crecían.
Menos gente. Menos ganas. Más ruido vacío.
Hasta que Vidal desapareció. Sin transición. Un día estaba. Al siguiente, no.
Al mismo tiempo, Rafael atravesaba un proceso inverso, una transformación que no se manifestaba en gestos visibles al principio, sino en una acumulación de desazón.
Primero fue el hastío.
DEAD KENNEDYS
Luego la indiferencia.
Después, algo más profundo. Un rechazo total.

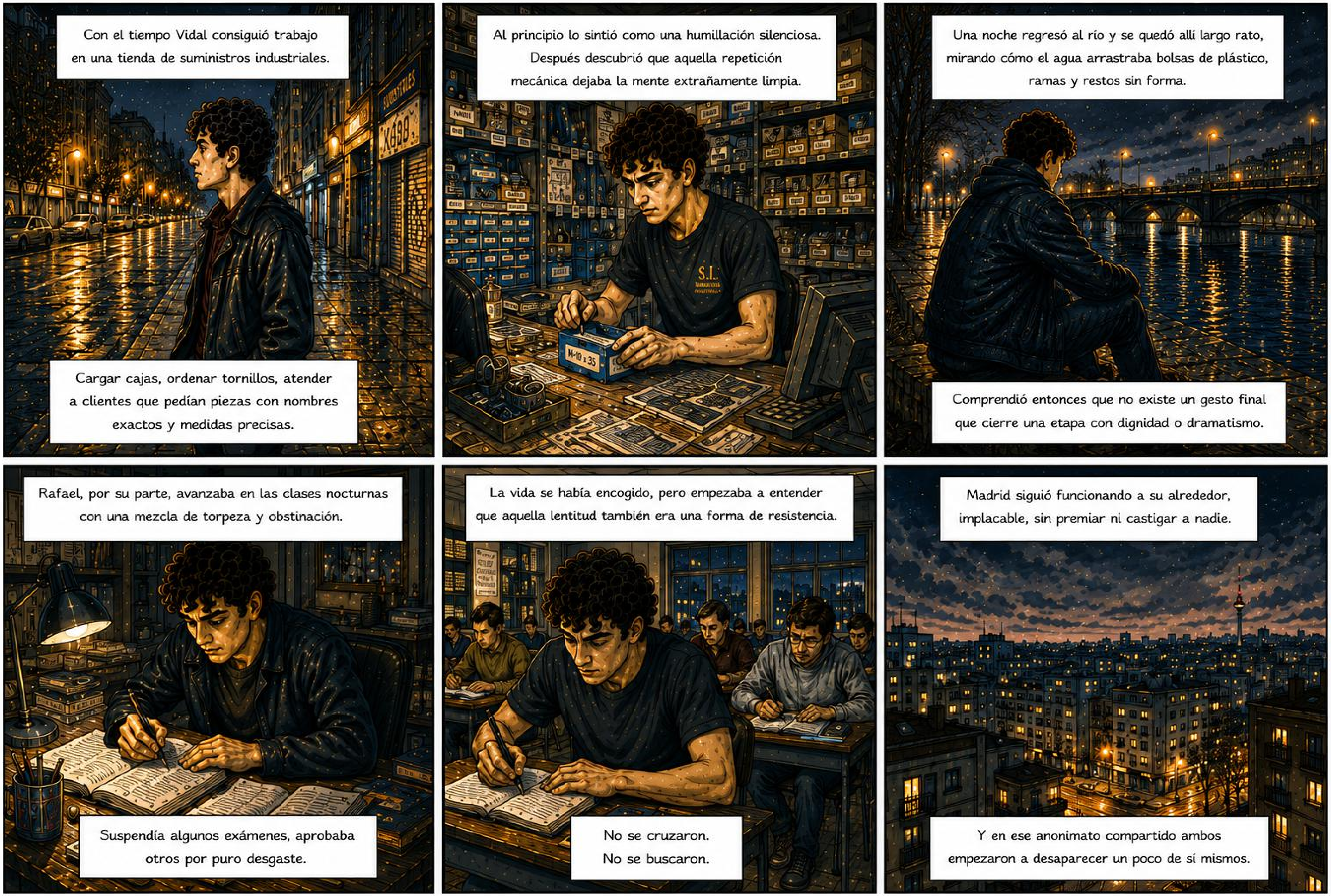
Luego la indiferencia.
Después, algo más profundo.
Un rechazo total.
Nada le importaba realmente:
ni el reconocimiento, ni el grupo,
ni las reglas que antes había seguido
sin cuestionarlas.
Durante un tiempo, esa deriva pareció
no tener dirección, como si estuviera
descomponiéndose sin construir nada
a cambio.
Hasta que se detuvo.
A partir de ahí, el cambio fue
progresivo pero implacable.
Rafael empezó a estudiar sin método aparente,
pero con una intensidad creciente, como si hubiera
encontrado un punto de apoyo interno que no dependía
de nadie más, y esa dedicación, al principio desordenada,
fue adquiriendo forma hasta convertirse en una
disciplina sostenida.
Las horas dejaron de medirse.
Los días también.
El cuerpo acusaba el esfuerzo
—cansancio, tensión, desgaste—
pero la mente se afilaba con cada avance,
generando una sensación de control,
que nunca había experimentado antes.
Ya no necesitaba
demostrar nada.

Ellos creen que esto es una cárcel. Y lo es. Pero se equivocan en una cosa: creen que ellos son los únicos presos.
Tómatela.
Soy libre.
¿Libre de qué?
No estoy aquí por ti. Estoy aquí porque tenía que entender algo.

Rafael seguía estudiando.
Más. Siempre más.
Hasta que una tarde, en medio de una ecuación, el movimiento se interrumpió.
No por cansancio.
Por vacío.
Una pregunta simple, brutal, imposible de esquivar: ¿Para qué?
No había respuesta inmediata.
Y eso fue lo más inquietante.
Porque por primera vez, todo lo construido —la disciplina, el esfuerzo, la obsesión— aparecía como algo que podía sostenerse por sí mismo pero que no garantizaba sentido alguno.
Y aun así, no pudo parar.
Porque a esas alturas ya no estudiaba para llegar a algo.
Estudiaba para no caer.
La obsesión era lo único que le quedaba, lo único que le daba forma, identidad y propósito.
Porque sin ella no había estructura posible, solo la caída hacia algo que ya conocía demasiado bien: ser uno más, diluirse en el barrio, convertirse en una presencia irrelevante, intercambiable, olvidable antes incluso de haber sido comprendido.
Cerró el libro de golpe y salió a la calle sin pensarlo.
¡CLAC!
Moviéndose por Madrid mientras la ciudad dormía sin saber que dentro de él algo se estaba reorganizando.
Una presión acumulada que no explotaba pero tampoco desaparecía, como una caldera sellada que aumentaba temperatura sin liberar vapor.
Bajó al taller donde su padre trabajaba con la misma precisión de siempre.
Y durante un rato se quedó observándolo en silencio.
No se hace lo que no se sostiene.
Su padre levantó la vista solo un instante.

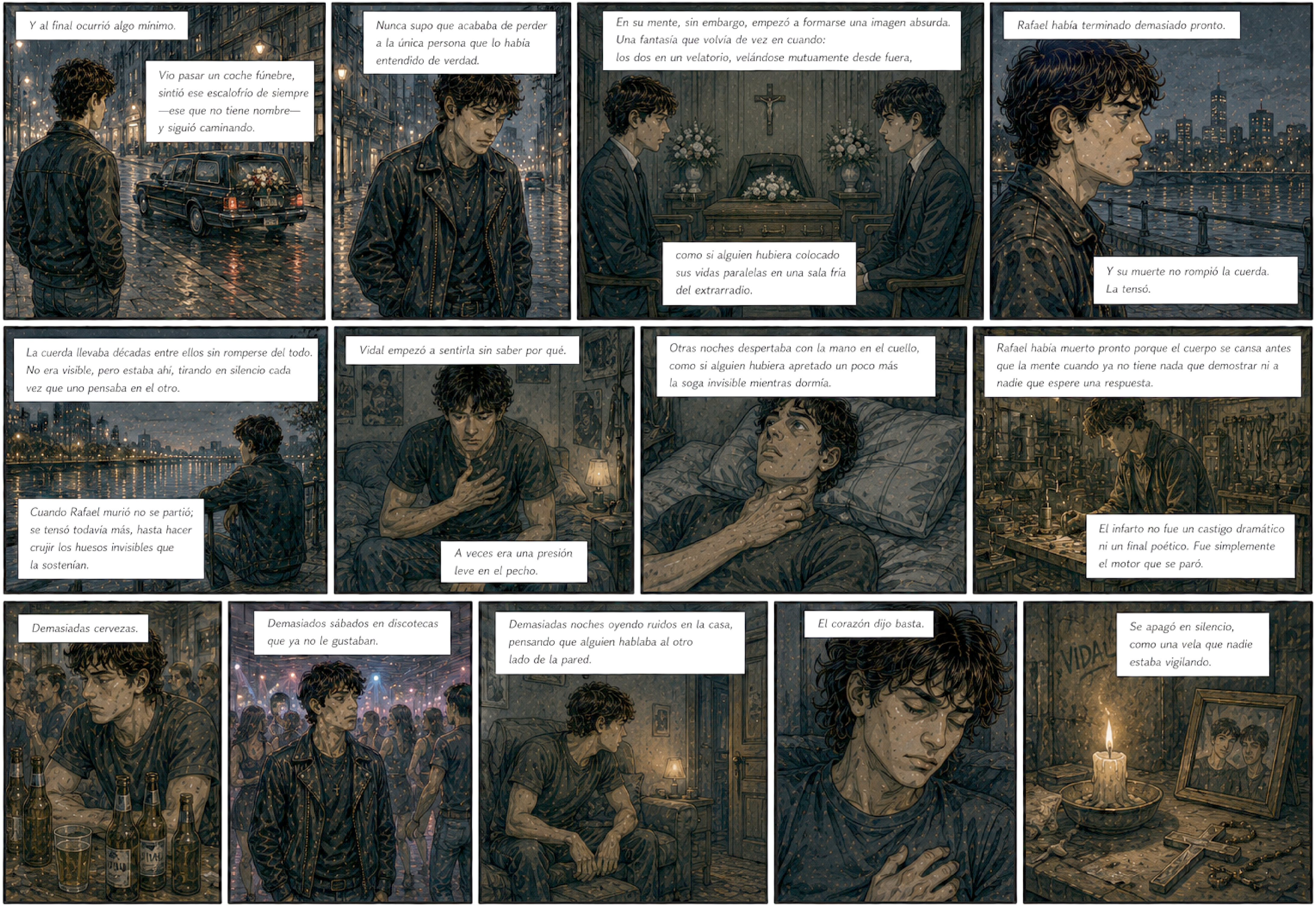
Cuando terminó el colegio, la estructura cambió pero no desapareció: Rafael avanzó, Vidal se detuvo, pero esa diferencia no rompió nada, simplemente alteró el ritmo, generando una distancia nueva que funcionaba como un armisticio aparente, una pausa que no resolvía el conflicto sino que lo suspendía.
Rafael se desplazó hacia una disciplina más estructurada, encontrando en la religión una forma de canalizar su energía, no por fe pura sino por necesidad de orden, de marco, de límite.
Deporte, estudio, hábitos controlados, una existencia más contenida donde cada acción tenía un lugar definido.
Vidal, en cambio, buscaba otro tipo de dominio, uno más inmediato, más visible, centrado en la imagen, en el movimiento, en el control del entorno social.
Aprendiendo a adaptarse, a ocupar espacio, a atraer miradas, construyendo una identidad que no dependía del conocimiento sino de la percepción.
Dos estrategias. Dos direcciones. Mismo origen.
Ese verano marcó una ruptura silenciosa. No definitiva. Pero suficiente.
Vidal entendió que podía existir sin Rafael. Rafael dejó de necesitar compararse.
Y durante un tiempo ambos creyeron haber salido del sistema que los había definido.
Pero no era así.
Solo habían cambiado de nivel.
Porque mientras Rafael se aislaba en su mundo de estudio...
JOY DIVISION
BAUHAUS
...Vidal se adentraba en otra forma de inestabilidad.
Dos estrategias. Dos direcciones. Mismo origen.
Madrid siguió funcionando a su alrededor, implacable, sin premiar ni castigar a nadie.

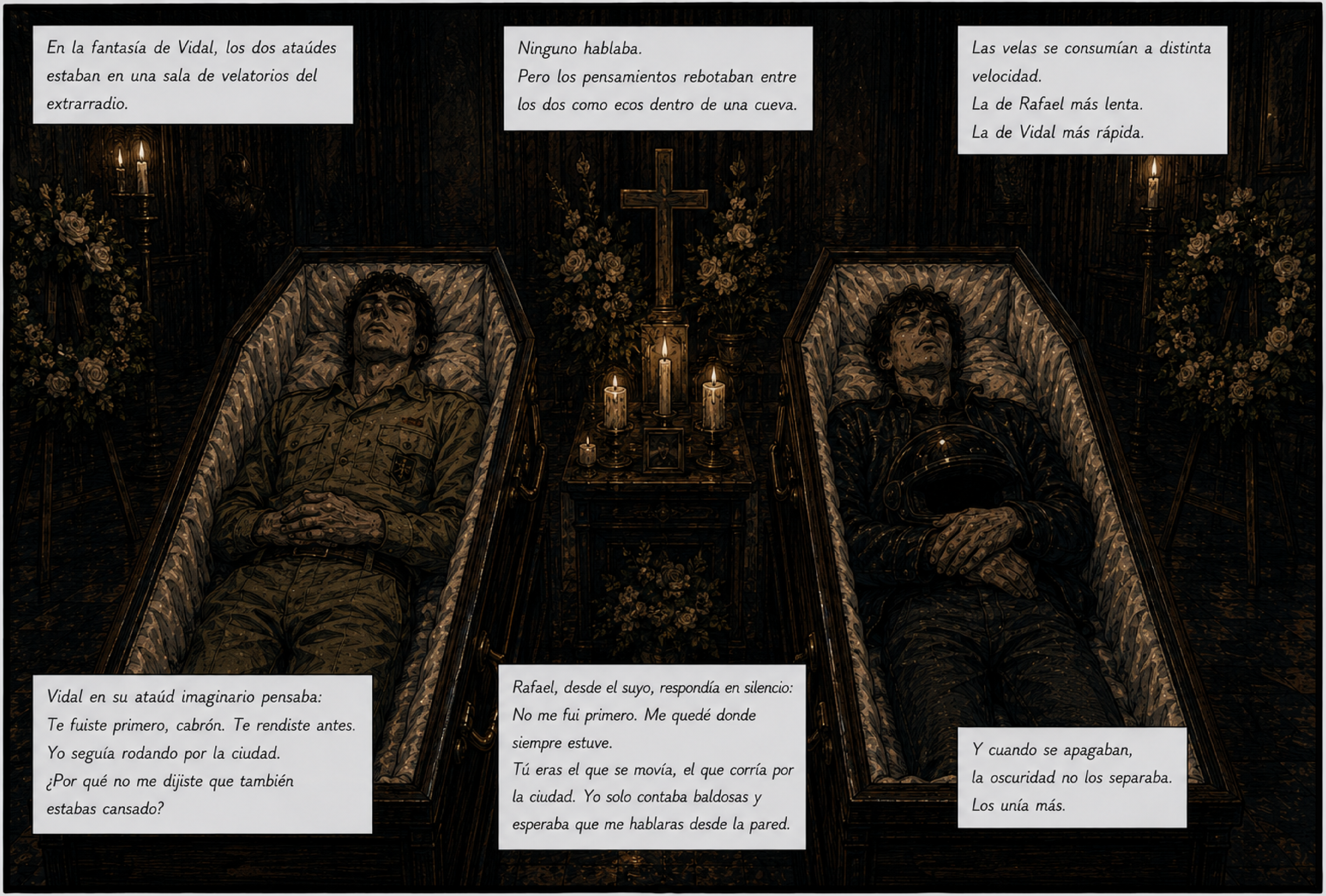
Ese verano marcó una ruptura silenciosa. No definitiva. Pero suficiente.
Vidal entendió que podía existir sin Rafael. Rafael dejó de necesitar compararse.
Y durante un tiempo ambos creyeron haber salido del sistema que los había definido.
Pero no era así. Solo habían cambiado de nivel.
Porque mientras Rafael se aislaba en su mundo de estudio, construyendo una estructura mental cada vez más compleja, más exigente, más autosuficiente...
...Vidal se adentraba en otra forma de inestabilidad, más difusa pero igual de intensa.
Que lo llevó de nuevo al límite, esta vez dentro del barrio.
JOY DIVISION
Otra forma de dominio: la imagen, el movimiento, el control del entorno social.
Ese día hacía un sol radiante. En uno de estos días, cuando ya llevaba algún tiempo saliendo diariamente a los jardines para pasear, apareció María.
Que a pesar de tener la cara un poco demacrada, se notaba que había sido guapa en un tiempo anterior.
La mayoría de la gente se daban la vuelta para verla cuando ella iba paseando.
Ella andaba sola por los jardines, ya que era la primera vez que la dejaban salir, pues siempre había estado recluida en su habitación.
Para salir en su primer día se puso un vestido blanco, que unido a lo fantasmal de su estampa parecía La Santísima Trinidad en vida.
Tras su último «viaje» estaba bastante sucia y muy desvencijada, siempre iba repitiendo en voz alta la misma consigna como si fuera un bucle infinito.
—Paraíso perdido... paraíso encontrado...
Esperó a que se fijase en él mientras no perdía detalle de lo que decía, siguiendo todos y cada uno de sus movimientos y ajustandose a su paso.
Mientras daba vueltas afuera en el patio, los ruidos se convertían en silencios y aquella mujer estaba de pie con su cuerpo al borde del precipicio; impidiendo la llegada de su curación y con la pena estremeciendo su delgado cuerpo.
Entonces se puso a pensar qué era lo que quería expresar. Pero ella seguía absorta en sus pensamientos intentando aislarse sin prestarle atención.

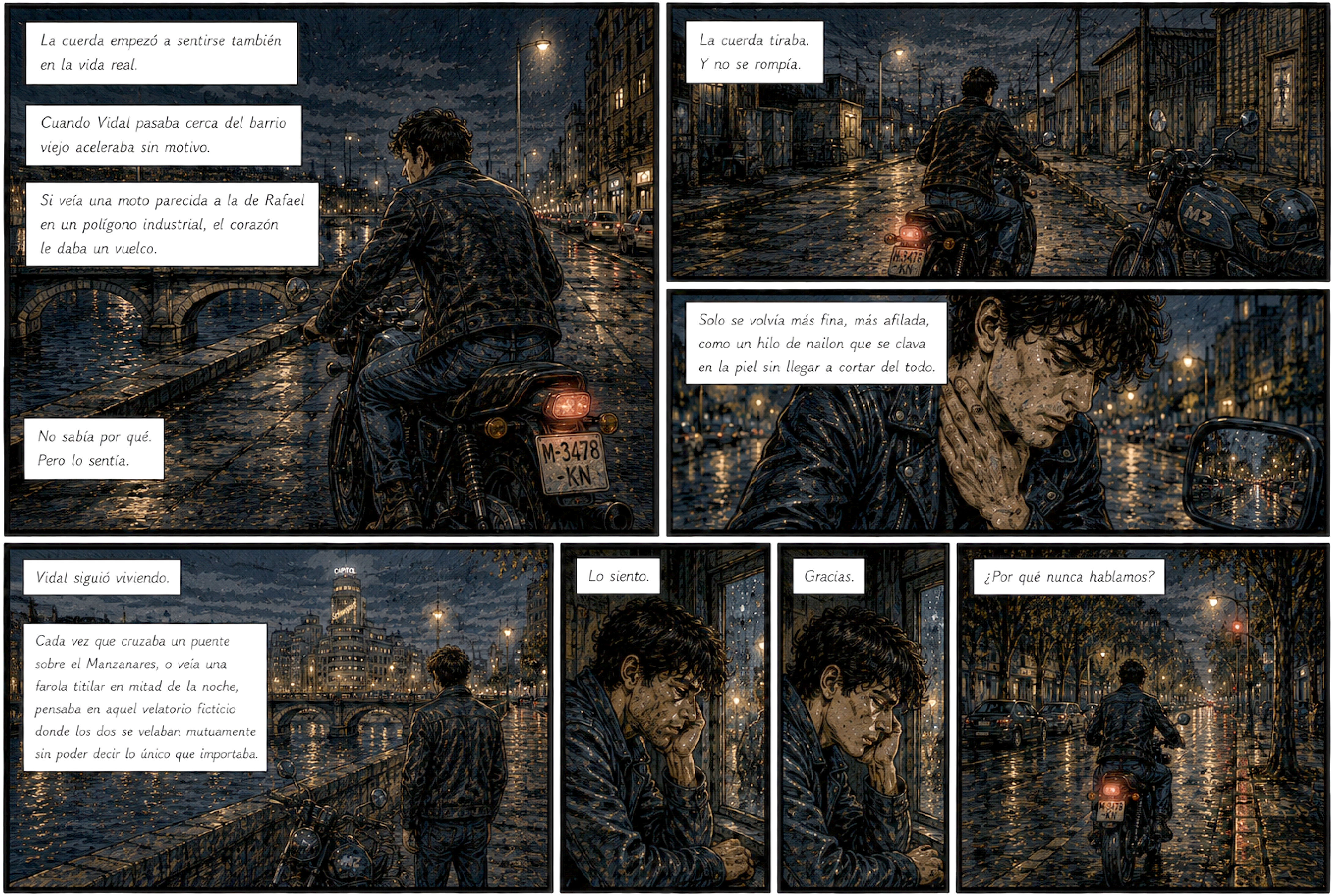

Con el tiempo Vidal consiguió trabajo
en una tienda de suministros industriales.
Cargar cajas, ordenar tornillos, atender
a clientes que pedían piezas con nombres
exactos y medidas precisas.
Al principio lo sintió como una humillación silenciosa.
Después descubrió que aquella repetición
mecánica dejaba la mente extrañamente limpia.
S.I.
Una noche regresó al río y se quedó allí largo rato,
mirando cómo el agua arrastraba bolsas de plástico,
ramas y restos sin forma.
Comprendió entonces que no existe un gesto final
que cierre una etapa con dignidad o dramatismo.
Rafael, por su parte, avanzaba en las clases nocturnas
con una mezcla de torpeza y obstinación.
Suspendía algunos exámenes, aprobaba
otros por puro desgaste.
La vida se había encogido, pero empezaba a entender
que aquella lentitud también era una forma de resistencia.
No se cruzaron.
No se buscaron.
Madrid siguió funcionando a su alrededor,
implacable, sin premiar ni castigar a nadie.
Y en ese anonimato compartido ambos
empezaron a desaparecer un poco de sí mismos.

Rafael fue el que casi cayó del todo.
No fue un desplome espectacular.
Fue lento, como una grieta que se abre en una pared durante años hasta que un día la pared ya no está.
JOY DIVISION
BAUHAUS
La vida con el paso del tiempo estaba introduciendo pequeños cambios que sugerían que algo estaba a punto de romperse o transformarse.
Rafael dejó de contar baldosas el día que su padre entró en su cuarto sin avisar.
JOY DIVISION
No dijo nada. Solo se quedó parado en el marco de la puerta, con las manos manchadas de grasa, mirándolo.
Y en esa mirada había algo nuevo.
Como si su padre estuviera viendo por primera vez no a su hijo, sino a otro hombre.
—Mañana vienes al taller. No te lo estoy preguntando.
Se fue. Y por primera vez en mucho tiempo, no hacía falta interpretar nada.
Esa noche Rafael durmió sin ritual.
Empezó a fallar en el taller. Tornillos mal apretados, piezas que se le caían de las manos. Su padre no decía nada, pero cada vez que tenía que rehacer algo apretaba la mandíbula.
Una mañana de abril se levantó con fiebre.
Su madre le dijo que se quedara en la cama.
Fue al taller igual.
Su madre le miró y dijo solo una frase:
—Vete a casa.
Rafael no volvió al taller.
Durante semanas se encerró en su cuarto. No era una depresión reconocible, sino una fatiga absoluta del alma.
Una tarde de julio se puso la vieja camisa de la legión que había guardado desde el colegio.
Bajó a la cocina.
—¿Adónde vas? —preguntó su madre.
—A dar una vuelta.
Caminó hasta el puente del Manzanares y miró el agua negra durante mucho rato.
Pensó en saltar. No por drama.
Por cansancio.
No saltó.

Al día siguiente fue.
Su padre no dijo nada. Solo le dio una escoba.
Rafael barrió durante horas. Tenía los brazos temblando al final del día, pero sintió algo que no había sentido en meses: que había hecho algo.
Años después, Vidal pasó con la moto frente al taller.
TALLER VIDAL
Vio a un hombre joven barriendo el suelo con movimientos lentos. Algo en su postura le resultó familiar.
No se detuvo.
Siguió su camino.
Esa noche soñó con un chico barriendo un taller.
En el sueño sintió una paz extraña, como si algo que llevaba años suelto hubiera encontrado por fin su lugar.
Un día Rafael conoció a María.
—¿Eres Vidal?
Soñó que le preguntó en la primera cita.
No preguntaba.
Confirmaba.
Y a partir de ahí la relación se construyó sobre una base inestable, sin reglas claras, con momentos de lucidez intercalados con episodios de desconexión total, donde María parecía moverse entre dos planos sin esfuerzo, uno compartido y otro completamente inaccesible.
Hicieron planes de boda.
Fumaron en la calle, sin esconderse, y la timidez desapareció de golpe, como si alguien hubiera apagado algo dentro de ellos;
se miraron, solos ante el mundo,
y se besaron de forma torpe, directa, sin cálculo,
mientras una anciana se persignaba al pasar y apartaba la mirada, como si hubiera visto algo que no debía existir.

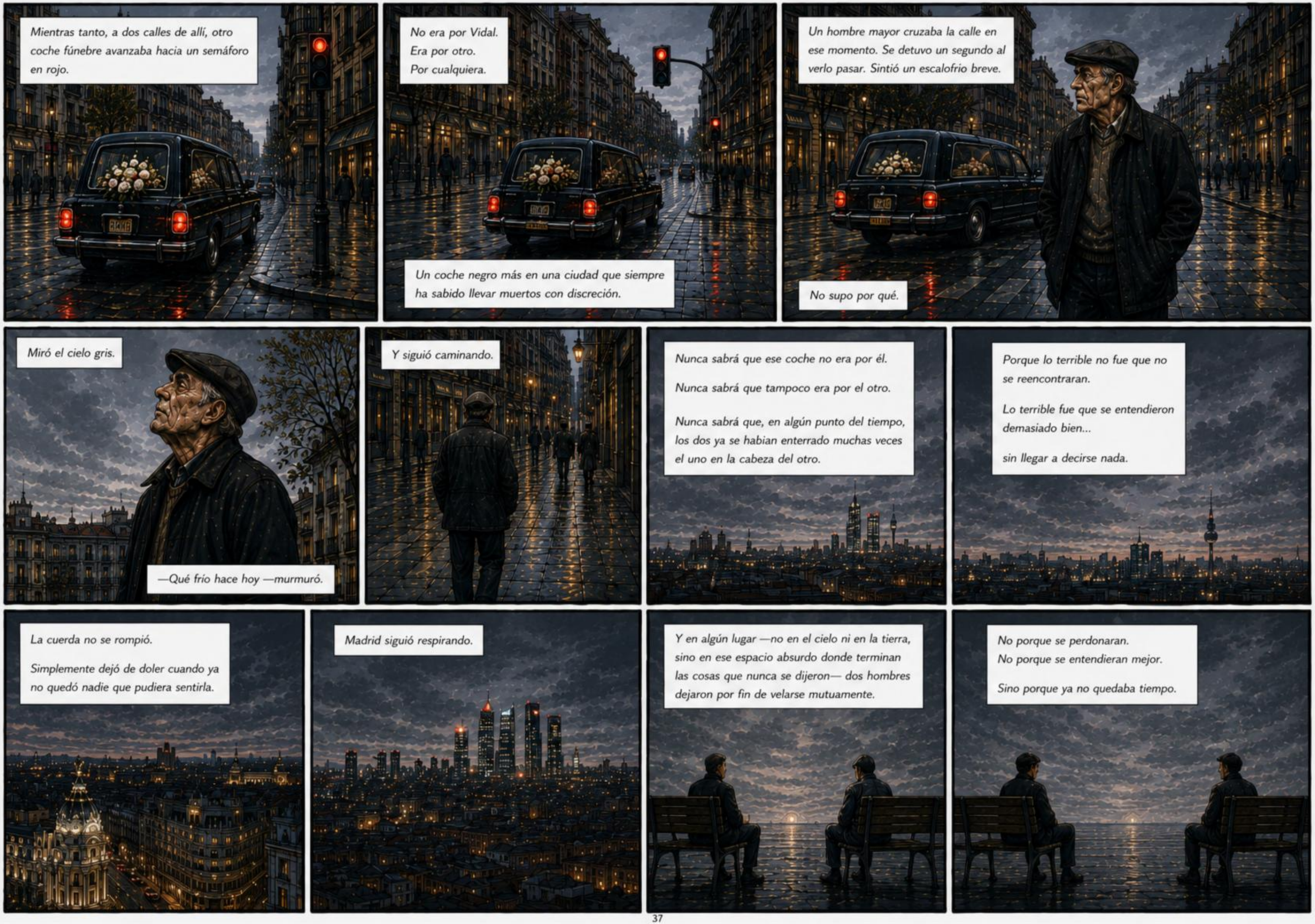

Y al final ocurrió algo mínimo.
Vio pasar un coche fúnebre, sintió ese escalofrío de siempre —ese que no tiene nombre— y siguió caminando.
Nunca supo que acababa de perder a la única persona que lo había entendido de verdad.
En su mente, sin embargo, empezó a formarse una imagen absurda. Una fantasía que volvía de vez en cuando: los dos en un velatorio, velándose mutuamente desde fuera,
como si alguien hubiera colocado sus vidas paralelas en una sala fría del extrarradio.
Rafael había terminado demasiado pronto.
Y su muerte no rompió la cuerda. La tensó.
La cuerda llevaba décadas entre ellos sin romperse del todo. No era visible, pero estaba ahí, tirando en silencio cada vez que uno pensaba en el otro.
Cuando Rafael murió no se partió; se tensó todavía más, hasta hacer crujir los huesos invisibles que la sostenían.
Vidal empezó a sentirla sin saber por qué.
A veces era una presión leve en el pecho.
Otras noches despertaba con la mano en el cuello, como si alguien hubiera apretado un poco más la soga invisible mientras dormía.
Rafael había muerto pronto porque el cuerpo se cansa antes que la mente cuando ya no tiene nada que demostrar ni a nadie que espere una respuesta.
El infarto no fue un castigo dramático ni un final poético. Fue simplemente el motor que se paró.
Demasiadas cervezas.
Demasiados sábados en discotecas que ya no le gustaban.
Demasiadas noches oyendo ruidos en la casa, pensando que alguien hablaba al otro lado de la pared.
El corazón dijo basta.
Se apagó en silencio, como una vela que nadie estaba vigilando.
VIDAL


En la fantasía de Vidal, los dos ataúdes estaban en una sala de velatorios del extrarradio.
Ninguno hablaba.
Pero los pensamientos rebotaban entre los dos como ecos dentro de una cueva.
Las velas se consumían a distinta velocidad.
La de Rafael más lenta.
La de Vidal más rápida.
Vidal en su ataúd imaginario pensaba:
Te fuiste primero, cabrón. Te rendiste antes.
Yo seguía rodando por la ciudad.
¿Por qué no me dijiste que también estabas cansado?
Rafael, desde el suyo, respondía en silencio:
No me fui primero. Me quedé donde siempre estuve.
Tú eras el que se movía, el que corría por la ciudad. Yo solo contaba baldosas y esperaba que me hablaras desde la pared.
Y cuando se apagaban,
la oscuridad no los separaba.
Los unía más.


La cuerda empezó a sentirse también en la vida real.
Cuando Vidal pasaba cerca del barrio viejo aceleraba sin motivo.
Si veía una moto parecida a la de Rafael en un polígono industrial, el corazón le daba un vuelco.
No sabía por qué. Pero lo sentía.
M-3478 -KN
La cuerda tiraba. Y no se rompía.
Solo se volvía más fina, más afilada, como un hilo de nailon que se clava en la piel sin llegar a cortar del todo.
Vidal siguió viviendo.
CAPITOL
Cada vez que cruzaba un puente sobre el Manzanares, o veía una farola titilar en mitad de la noche, pensaba en aquel velatorio ficticio donde los dos se velaban mutuamente sin poder decir lo único que importaba.
Lo siento.
Gracias.
¿Por qué nunca hablamos?

Un domingo cualquiera, leyendo el periódico en una terraza, Vidal se detuvo en una noticia pequeña.
"Fallece un hombre de cuarenta años por infarto en un polígono industrial del sur de Madrid."
No decía el nombre.
No explicaba nada más.
Vidal siguió leyendo, pero algo dentro se le contrajo con un gesto antiguo, automático.
Sucesos
Pensó sin saber por qué: Esto le habría gustado al otro.
Pagó el café y se fue.
BAR
Mientras tanto, a dos calles de allí, otro coche fúnebre avanzaba hacia un semáforo en rojo.
No era por Vidal. Era por otro. Por cualquiera.
Un coche negro más en una ciudad que siempre ha sabido llevar muertos con discreción.
Un hombre mayor cruzaba la calle en ese momento. Se detuvo un segundo al verlo pasar.
Sintió un escalofrío breve. No supo por qué.
Miró el cielo gris.
—Qué frío hace hoy —murmuró.
Y siguió caminando.
Nunca sabrá que ese coche no era por él. Nunca sabrá que tampoco era por el otro.

Los años siguieron cayendo
uno sobre otro como capas de polvo.
Vidal envejeció sin tragedia.
Se le encorvó la espalda.
Le dolían las manos.
Un día dejó la moto.
Otro día dejó de correr
para llegar a tiempo.
Empezó a llegar antes.
Empezó a esperar.
El día que murió no hubo metáfora.
Salió a comprar pan.
Se mareó en el portal.
Se sentó en el escalón.
Pensó:
Qué tontería.
Pero el sistema no estaba diseñado
para sostener ese tipo de alteraciones.
La repisa cayó.
El accidente fue inmediato.
Violento.
Suficiente.
Y ya está.
A la mañana siguiente
todo seguía igual.
Hubo un entierro correcto.
Flores compradas por obligación.
Hijos que lloraban sin saber
exactamente a quién despedían.
Una viuda cansada.
Un ataúd bien barnizado.


Mientras tanto, a dos calles de allí, otro coche fúnebre avanzaba hacia un semáforo en rojo.
No era por Vidal.
Era por otro.
Por cualquiera.
Un coche negro más en una ciudad que siempre ha sabido llevar muertos con discreción.
Un hombre mayor cruzaba la calle en ese momento. Se detuvo un segundo al verlo pasar. Sintió un escalofrío breve.
No supo por qué.
Miró el cielo gris.
—Qué frío hace hoy —murmuró.
Y siguió caminando.
Nunca sabrá que ese coche no era por él.
Nunca sabrá que tampoco era por el otro.
Nunca sabrá que, en algún punto del tiempo, los dos ya se habian enterrado muchas veces el uno en la cabeza del otro.
Porque lo terrible no fue que no se reencontraran.
Lo terrible fue que se entendieron demasiado bien...
sin llegar a decirse nada.
La cuerda no se rompió.
Simplemente dejó de doler cuando ya no quedó nadie que pudiera sentirla.
Madrid siguió respirando.
Y en algún lugar —no en el cielo ni en la tierra, sino en ese espacio absurdo donde terminan las cosas que nunca se dijeron— dos hombres dejaron por fin de velarse mutuamente.
No porque se perdonaran.
No porque se entendieran mejor.
Sino porque ya no quedaba tiempo.